OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

PIEDRA Y CIELO

VERSO

(1917-1918)

MADRID

1919

OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ


πε
τροσ
ελινον

OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

PIEDRA Y CIELO

VERSO

(1917-1918)

PRIMERA EDICIÓN

MADRID

1919

Madrid.—Establecimiento tipográfico de Fortanet, Libertad, 29.

PIEDRA Y CIELO

I: PIEDRA Y CIELO: I · II: NOSTALJIA DEL MAR
Y III: PIEDRA Y CIELO: Y II

— 1917-1918 —

A

JOSÉ ORTEGA Y GASSET,

VOLUBLE EN LO PERMANENTE

I

PIEDRA Y CIELO

I

I

EL POEMA

I

¡NO le toques ya más,
que así es la rosa!...

II

EL POEMA

II

ARRANCO de raíz la mata,
llena aún del rocío de la aurora.

¡Oh, qué riego de tierra
olorosa y mojada,
qué lluvia —¡qué ceguera! de luceros
en mi frente, en mis ojos!

III

EL POEMA

y III

¡CANCIÓN mía,
canta, antes de cantar;
da a quien te mire antes de leerte,
tu emoción y tu gracia;
emánate de ti, fresca y fragante!

IV

AMOR

¡CUÁNTO tardas en salir,
sol de hoy, sol de hoy!
¡Sal, que me ahogo!
¡Que parece que me están
reteniendo el corazón!
¡Sal, que me ahogo!

V

YO Y YO

ME buscas, te me opones,
como la imajen
del chorro, al chorro, en el espejo de agua.

¿Cómo hallaré el camino eterno
que da el espejo al alma de mis ojos,
si vienes tú del fin de ese camino,
con igual fuerza que este afán sin cuna,
que, como tú de ti, no sé de dónde, de mí, salta?

Todo, en torno, es de luz.
¡Mas yo no puedo ir a ese sinfín que anhela el
[alma,

por este punto —¡el suyo!— a que me sales
tú al encuentro!

¡Ay, fuerza de mi imajen —¡vida!—
más poderosa que yo, ay!

VI

AMOR

¡ENTERA, en la mañana, cada día,
para mí; toda, cuerpo y alma
—flor cerrada de nuevo con la aurora,
con su perfume recojido,
barca tornada al puerto, con el sol,
de su pesca nocturna, mar adentro,
con su vela plegada—;
haciéndome gustosa —entera para mí—,
como una reina buena, entre sonrisas olvidadas
la donación del sueño! [de la gloria,

VII

¡QUÉ inmensa desgarradura
la de mi vida en el todo,
para estar, con todo yo,
en cada cosa;
para no dejar de estar,
con todo yo, en cada cosa!

VIII

EL RECUERDO

I

1

ESTE instante
que ya va a ser recuerdo, ¿qué es?
Música loca,
que trae estos colores que no fueron
—pues que fueron—
de aquellas tardes de oro, amor y gloria;
esta música
que va a no ser, ¿qué es?

II

¡Instante, sigue, sé recuerdo
—recuerdo, tú eres más, porque tú pasas,
sin fin, la muerte con tu flecha—,
sé recuerdo, conmigo ya lejano!
...¡Oh, sí, pasar, pasar, no ser instante,
sino perenidad en el recuerdo!

y III

¡Memoria inmensa mía,
de instantes que pasaron hace siglos;
eternidad del alma de la muerte!
...¡Instante, pasa, pasa tú que eres —¡ay!—
yo!
Este instante, este tú,
que va ya a ser muriendo, ¿qué es?

IX

EL RECUERDO

II

COMO médanos de oro,
que vienen y que van, son los recuerdos.

El viento se los lleva,
y donde están, están,
y están donde estuvieron,
y donde habrán de estar... —Médanos de oro—.

Lo llenan todo, mar
total de oro inefable,
con todo el viento en él...— Son los recuerdos—.

X

EL RECUERDO

III

I

¡NO te vayas, recuerdo, no te vayas!
¡Rostro, no te deshagas, así
como en la muerte!
¡Seguid mirándome, ojos grandes, fijos,
como un momento me mirasteis!
¡Labios, sonreidme,
como me sonreisteis un momento!

II

¡Ay, frente mía, apriétate;
no dejes que se esparza
su forma fuera de su continente!
¡Oprime su sonrisa y su mirar,
hasta dejarlas hechas vida mía interna!

III

—¡Aunque me olvide de mí mismo;
aunque tome mi rostro, de sentirlo tanto,
la forma de su rostro;
aunque yo sea ella,
aunque se pierda en ella mi estructura!—

y IV

¡Oh recuerdo, sé yo!
¡Tú —ella— sé recuerdo todo y solo, para siem-
recuerdo que me mire y me sonría [pre;
en la nada;
recuerdo, vida con mi vida,
hecho eterno borrándome, borrándome!

XI

EL RECUERDO

IV

¡OH recuerdos secretos,
fuera de los caminos
de todos los recuerdos!

¡Recuerdos, que una noche,
de pronto, resurjís,
como una rosa en un desierto,
como una estrella al mediodía,
—pasión mayor del frío olvido—,
jalones de la vida
mejor de uno,

que casi no se vive!

¡Senda
diariamente árida;
maravilla, de pronto,
de primavera única,
de los recuerdos olvidados!

XII

EL RECUERDO

V

EL río pasa por debajo
de mi alma, socavándome.
Apenas me mantengo
en mí. No me sostiene
el cielo. Las estrellas
me engañan; no, no están
arriba, sino abajo, allá en el fondo...

¿Soy? ¡Seré!
Seré, hecho onda
del río del recuerdo...

¡Contigo, agua corriente!

XIII

EL RECUERDO

y VI

I

¡EL recuerdo! ¡Perene enredadera
de flor divina, que perfuma
dolientemente lo que abraza!

II

¡Múltiple red, que no se sabe
si, en su ramazón, es
música, olor, color, amor
o muerte!
¡Lluvia constante

—esqueleto florido de la frente—
de rosas, de luceros, de ojos, de alas,
con un pedazo de arcoiris
infinito!

y III

¡Recuerdo, amor que nunca muere,
con un encanto casi en sueños;
amor que nunca muere, en un amanecer
que fuera tan real como el ensueño;
amante desvelado,
luna del sol,
red de nudos de estrellas,
mar de olas de besos,
aurora niña, en cuna que meciera,
sin morir nunca ya, el ocaso!

XIV

¡CÓMO no somos únicos!
¡Cómo nos entrañamos, uno en otro,
con la sangre, mezclada, [siempre,
del sentimiento! ¡Cómo ríe uno, cómo llora
con los otros!

¡Hilos sutiles
que quedáis, para atarnos unos a otros,
tras nuestro desatarnos;
para que no seamos nunca solos;
sonrisas, besos, lágrimas!

XV

LA OBRA

I

¡ESTA prisa permanente, contenida
con mi freno, cada instante!
¡Obra pujante y de picos
retraídos, ajitadamente lenta,
redondeada como el mundo;
potro en mayo, por el verde
campo de la primavera eterna,
libre esclavo de su dueño!

XVI

RIQUEZA de la noche,
¡cuántos secretos arrancados
de ti, cuántos por arrancarte;
—ninguno el tuyo, el nuestro, noche!—

¡Oh, goce inenarrable,
hundir la mano en tus entrañas,
remover tus estrellas!

Y... ¡luminosos roces
de otras manos que buscan sus tesoros!

XVII

TIERRA del alba,
oscura,
calada de luceros;
¡cómo te haces tú corazón mío!

Flores del alba,
mates,
empapadas de estrellas;
¡qué bien os derramáis de mis ojos!

XVIII

A LA VEJEZ AMADA

¡AY, si el recuerdo
tuyo de mí, fuese este cielo azul
de mayo, lleno todo
de las estrellas puras de mis actos!

¡De mis actos iguales, como ellas; todos puros,
limpios, buenos, tranquilos, igual que las estrellas!

—¡Debajo, tu sonrisa en sueños
=sueños de tus recuerdos de mi vida!—

XIX

¡QUIÉN, quién, naturaleza,
levantando tu gran cuerpo desnudo,
como las piedras, cuando niños,
se encontrara debajo
tu secreto pequeño e infinito!

XX

LA OBRA

II

DE pronto, ahora,
mi lugar conseguido
me parece un lugar raro, estranjero,
de donde yo domino
el mundo.

Voy y vengo
por mi biblioteca,
donde mis libros son ya luz, como los otros,
igual que por mi sueño adolescente;

y quien viene, es quien quise —quien soñé—
entonces que viniera —la mujer, el hombre—.

El mediodía pone solitario
el alrededor, donde
hablo, sonriente, con los que me ignoran, por-
en círculo distante, lo infinito. [que tengo,

XXI

MADRUGADA

LAS CINCO

EL niñito se queja...
¡Albor del llanto,
que abraza al mundo!
Un gallo canta.

El niñito se queja...
¡Tierna boquita
del universo!
El alba, fría.

XXII

EL NUEVO DÍA

¡IGNOTA mina de los sueños
—sólo un aroma vago, un
color desvanecido,
un acento sin nombre—,
a cuyo oro nunca llegan
los pozos de la aurora!

¡Sueños de otro hemisferio
de lo infinito!

XXIII

¡QUÉ goce, corazón, este quitarte,
día tras día, tu corteza,
este encontrar tu verdadera forma,
tierna, desnuda, palpitante,
con ese encanto hondo, imán eterno,
de las cosas matrices!

¡Corazón al aire,
resistente en tu fuerte vida débil
al ímpetu de todo el sentimiento,
al ímpetu de todo el pensamiento
—ideal, instinto, sueño; estas
cien ansias centimanas—,
como la mujer joven,
al ímpetu completo del amor!

XXIV

CUESTA ARRIBA

¡INMENSO almendro en flor,
blanca la copa en el silencio pleno de la luna,
el tronco negro en la quietud total de la sombra;
cómo, subiendo por la roca agria a ti,
me parece que hundes tu troncón
en las entrañas de mi carne,
que estrellas con mi alma todo el cielo!

XXV

TODO el día
tengo mi corazón dado a lo otro:
de madre en rosa,
de mar en amor,
de gloria en pena...

Anocheciendo
—*¡Habrá que ir ya por ese niño!*—,
aún él no se ha venido, ¡malo!,
del todo a mí —*¡Duérmete ya, hijo mío!*—
Y me duermo esperándolo sonriente,
casi sin él.

Por la mañana

—¡*No te levantes*, *hijo*, *todavía!*—,
¡qué grito de alegría, corazón
mío, un momento, antes de irte, en mí!

XXVI

ROSAS

I

ME andas por dentro,
mujer desnuda,
como mi alma.

Y es mi cuerpo, contigo,
como una larga galería májica,
que sale a un soleado mar sin nadie.

XXVII

¡LA música!
... Se clava en-
medio del corazón, la rosa abierta
de las voces todas que no hablan.

El mundo grande es mundo breve,
en donde es —¡oh azul, oh alas!—
todo lo que jamás será en nosotros,
con la nostaljia, reencentrada,
de los vuelos distantes e infinitos
que no pueden llegar, en esta vidá,
a nuestra alma...

Luego, el mundo breve se parte —el
[grande—
en un escalofrío nuestro, sombra
—luz—y lágrimas...

XXVIII

NUBE

LO que yo te veo, cielo,
eso es el mistèrio;
lo que está de tu otro lado,
soy yo aquí, soñando.

XXIX

MI cuerpo se me pierde, vivo, en mi alma,
que el rayo del sol último [igual
en el rayo primero de la luna.

—Creo que puedo ver dónde termina,
dueña de sí,
mi luz de oro,
y la sigo, contento, por la senda pura...
Mas, cuando creo aún que voy con ella,
ella se me ha hecho ya plata de luz...—

Alma, ¿hasta dónde
llegarás, muerto yo?
¿Dónde te perderás en lo que venga a ti
—de dónde?—

XXX

¡QUÉ hermosa muestra eres, cielo azul
a los despiertos ojos, [del día,
de lo despierto!

¡Qué ejemplo hermoso eres, cielo azul noc-
a los ojos dormidos, [turno,
de lo que sueña!

XXXI

MIS piernas cojen, recias,
la desnudez magnífica —redonda, fresca,
de la yegua parada de la vida. [suave—

—¡Ya la he clavado bajo mí!
¡Ya me está dando lo que yo anhelaba!—

Mas, de pronto, mis ojos se me vuelven tristes,
de su hermosura, de su trono mío,
a la yeguada vaga que huye...

XXXII

¡SIEMPRE, después, qué contento
cuando me quedo conmigo!
¡Lo que iba a ser mi minuto,
fué, corazón, mi infinito!

XXXIII

CRISTALES

I

¡AFÁN triste de niño, aquel
afán de poseerlo
todo, de recrearme en todo, inmensamente,
gozando, en falso, mundos que creía de otros!
—...¡Y qué desidia mía,
sin el mundo de otros!—

II

Poco a poco, mi vida
fué adueñándose
del mundo que creía de los otros.

Las estampas aquellas de los libros,
fueron mar, tierra, cielo,
navegado, pisada, penetrado
por mí. El domingo lento —¡calle sola!—
del nostáljico pueblo, fué domingo
universal y alegre.

y III

Hoy, alma, ¿qué no es mío?, ¿qué no es tuyo?
¿Qué verjas no se abren, qué muros no se rinden,
qué bocas no se llenan de palabras,
para ti?
¿Y estás triste,
y necesitas persuadirte de este
dominio tuyo, retornando
a aquellos días, ¡ay!,
en que sólo tenías
la ventana, el afán loco y el libro?

XXXIV

NOCTURNO

LA vía láctea
sale de mí, pasa por ti,
y vuelve a mí, círculo único.

—¡Qué dos columnas
sustentadoras del universo!—

¡Y qué luz tímida,
qué plata plácida,
para callarse lo que no es!

XXXV

AMANECER dichoso,
con luz en tus serenas ilusiones
para dorar las cumbres y las simas
de los males;
¡cuánto más grato al cuerpo y al espíritu,
el claro aroma de tu flor visible,
que el aroma inefable, que ha quedado
—igual que el de un ungüento que se ha ido—
de la flor de la noche, aroma
con toda la pasión de lo invisible!

¡Momentánea dulzura de la vida,
en que la realidad —¡y aun mal despierta!—
supera al sueño!

XXXVI

TARDE

A veces, las estrellas
no se abren en el cielo.
El suelo es el que brilla
igual que un estrellado firmamento.

XXXVII

ORILLAS

¡CON qué deleite, sombra, cada noche,
entramos en tu cueva
—igual que en una muerte
gustosa—,
hartos de pensar, tristes,
en lo que no podemos cada día!

—Los ojos esos que nos miran nuestros ojos,
más que otros ojos,
que nuestros ojos miran más que a otros ojos,
=estas nostaljias encendidas,

como carbones, del cariño=,
también se cierran en nosotros,
casi como en su sombra—.

Silencio. Y quedan
los cuerpos muertos, fardos negros,
a lo largo del muelle abandonado,
unidos sólo, bajo las estrellas,
por su espantoso vencimiento.

XXXVIII

DESPERTAR

¡QUISIERA siempre ser para ti, vida,
como la flor, que tras la noche
del atesorador sueño infinito
de sus hojas cerradas,
da, en un punto, al abrirse con el día,
toda la esencia de su sueño!

XXXIX

¡AY, afán verde y fresco,
fuego de mi pasión por lo futuro,
amor de porvenires,
que un día habéis de ser pasados, ay!

—¡Dejado goce solo y melancólico,
como un proscrito, negro contra el mar de lla- [mas!
¡Roca antigua, lugar del alma en pena!—

...¡Pasados como este que odio, sin poder [matarlo;
por donde mis recuerdos
andan, sí, vivos, pero igual que mariposas tristes
por ruinas que son ruinas hoy!

XL

EXAMOR

I

TÚ, la de aquella tarde,
no eras la tú que eres.
¡Ay, no, no, no eres mía!

¿En dónde, en dónde estás tú, aquella,
en dónde, di, que no eres mía?

XLI

¡ALEGRÍA sin paz,
amenazada por los horizontes;
corazón apretado
por manos infinitas,
que te van a dejar hecho de piedra!

¡Viva alegría, que te vas tornando nada,
igual que la alegría que nos roba
el cielo azul que disminuye
en un agua parada que se seca!

XLII

MADRUGADA

EL cielo, en el olvido
de mi dormir, se había
olvidado de ser lo que es.

Abrí, de pronto,
alcé los ojos, y una gloria
también abierta, una guirnalda de secretos
verdes, puros, azules,
me coronó la frente despertada.

El cielo no era el nombre,
sino el cielo.

XLIII

TUS recuerdos están
—todos, ¡oh, cuántos!,—
en el sol de mi olvido total, otro universo,
cual las estrellas en el día.

XLIV

¡HERMOSURA del alma
redonda y fuerte como un muslo,
como un pecho o un hombro;
con goce en su belleza
y confianza en su vida,
para saber que acaba en sí, que tiene
su fin en sí!
¡Ningún atajo
a nada! ¡Nada entre ella
y la vida! ¡Con vida suya, y centro en ella;
dispuesta, para cuando fuere,
a salir por los ámbitos sin nombre,
jirando, sola, como un astro!

XLV

LA MUERTE

ESTABAS viendo,
contra el sol del domingo,
estampas de colores en una caja vana,
con tus negros ojazos estasiados.

Luego, tus ojos se cerraron tristemente...

¡Y ahora eres tú mismo la caja;
ahora tienes en tu alma las estampas de colores;
y tus ojazos negros, estasiados,
las miran hacia dentro, para siempre!

XLVI

¡LLANTO, cascadas
de los tesoros de mi sueño,
en la ruina de la aurora!

...Parece que la triste luz del día de agua,
que a veces atraviesa un sol difícil
—vago recuerdo amarillento del espíritu—,
sale de mi fracaso de diamantes.

XLVII

ROSAS

II

TU amor —¡qué alegre!—
saca, cantando, con sus brazos frescos,
agua del pozo de mi corazón.

El cubo da contra mi pecho,
y se derrama, fría, el agua gorda
—¡qué alegría! — en mi alma.
—Se ríe la cadena en el carrillo,
con un gorrión volando sobre ti...—

¡Ya está tu cubo lleno
—¡qué alegre!—
en mi boca, el brocal.

... Tu amor —¡qué alegre!—
riega sus rosas con mi corazón.

XLVIII

RUINAS BLANCAS

I

¡MUNDO limpio del alma,
—oh infancia eterna y pura!—,
¿quién, antes de que tú lo hicieras,
manchó de nieve de dolor tu armiño?

II

Estabas hecho —¡ay, y pudiste estarlo siem- [pre!—
para pasar, lo mismo que un arroyo,
por una primavera inmarcesible.
Pero el llanto engrosó tu onda justa
—un primer llanto sin sentido—,

y cayeron orillas de ilusiones
—sin tú haber hecho más que levantarlas—
en tu cauce sin sombra!

III

¡Sombra de la alegría;
sin soplo propio que apagara
la luz primera! ¿Sombra
de qué, de quién, de cuándo?
¡Entrada del morir
por los tranquilos ojos inocentes!

y IV

¡Oh montón de ruinas
primeras; triste escombro
de torres claras —¡mano injusta!—,
de piedras negras
contra las mariposas blancas,
las flores tiernas y las leves brisas!

XLIX

VERDORES

CONMIGO está. Pero la primavera,
al replicar el fondo
de su fuga, repite
su huída en mi presente.

¡Y su imajen se va
de mi amor, perseguida
por mi recordar vivo, como el alma
de ella, cuyo cuerpo
se queda, vano, con mi cuerpo
vano!

L

PERRO DIVINO

¡AQUÍ está! ¡Venid todos!
¡Cavad, cavad!

¡Mis manos echan sangre,
y ya no pueden más!

¡Aquí está!

¡Entre la tierra húmeda,
qué olor a eternidad!

¡Aquí está!

¡Oid mi aullido largo
contra el sol inmortal!

¡Aquí está! ¡Venid todos!
¡Cavad, cavad, cavad!

LI

¡QUÉ difícil es hacer
largo todo, de una vida;
qué difícil es dejar
todo corto, vida mía!

LII

DESCANSO

BASTA. El jardín cerrado
es lo mismo que abierto.

—La llave de la verja,
hablando de otras cosas, en lo oscuro,
los que se van, despacio,
¡suena tan dulcemente por la tarde!—

Todo tú estás en ti
aunque te vayas de ti. Basta.

LIII

¡LIBRO, afán
de estar en todas partes,
en soledad!

y LIV

¡SÍ, cada vez más vivo
—más profundo y más alto—,
más enredadas las raíces
y más sueltas las alas!

¡Libertad de lo bien arraigado!
¡Seguridad del infinito vuelo!

II

NOSTALJIA DEL MAR

I

SIRENA de la medianoche,
vajido de una cosa muda,
grande como el misterio...

—¿Es que, en la sombra,
está quejándose el misterio,
con luz? ¿Es que se ve
su voz, inmensa como
el mundo?—

...Relámpago sin fin de voz
—en la nada única y total—
de la nostaljia abstracta, herida
de afán, a lo increado...

Sirena de la medianoche...

II

MARES

SIENTO que el barco mío
ha tropezado, allá en el fondo,
con algo grande.
¡Y nada
sucede! Nada... Quietud... Olas...

—¿Nada sucede; o es que ha sucedido todo,
y estamos ya, tranquilos, en lo nuevo?—

III

¡CUÁNTO dolor,
belleza!

El odio hace estallar fuegos de acero
en los fuegos lejanos —faros, grandes flores gra-
de las costas del mar; gritos alertas [nas,—
de llama blanca y verde,
en los gritos de llamas
en sueños, que, como en los sueños,
no se sabe, de veras, si han sonado...
...Y son los todavía mal despiertos
—¡qué mal sabor, qué frío!—
contra los mal dormidos todavía
—¡qué escalofrío, qué sabor más malo!—

Y la muerte se mezcla con la vida
inesperadamente, aquí y allá, como en relámpagos
de cien colores trájicos y agudos;
se mezcla con el sueño,
que prefiere morir a despertarse,
... se mezcla con el sueño.

Va amaneciendo —grana y blanco—.
¡Costas que humean, en el primer sol,
para los que aún viven!

IV

LA OBRA

y III

EL mar, enmedio, quieto con la tarde,
cuyo ocaso se cambia los colores,
como una vida, hasta su desnudez.

Silencio, soledad en torno.
—Apenas, por la playa,
alguien que ha vuelto por lo de antes,
sin ver ya más—.

Yo, en mí, soñando
más, más, más. Más, más, más soñado
en las tierras estrañas, tras el mar.

V

IDEAL

¡SEGUNDO plano en que —en mi sueño—
te quedas tú, mirándome
como un perro; penumbra
en que tu pálida insignificancia
se desvanece hacia la nada fría!

—Mi barco sigue, raudo
y majestuoso, enmedio
de la armonía plena de los mares.

Tú, atrás, abajo, como un náufrago,—
muestras a veces, lívida, tu cara,
aquí y allá, parada en afán triste—.

VI

RUTA

TODOS duermen, abajo.
Arriba, alertas,
el timonel y yo.

Él, mirando la aguja, dueño de
los cuerpos, con sus llaves
echadas. Yo, los ojos
en lo infinito, guiando
los tesoros abiertos de las almas.

VII

NOCTURNO SOÑADO

LA tierra lleva por la tierra;
mas tú, mar,
llevas por el cielo.

¡Con qué seguridad de luz de plata y oro,
nos marcan las estrellas
la ruta! —Se diría
que es la tierra el camino
del cuerpo,
que el mar es el camino
del alma—.

Sí, parece
que es el alma la sola viajera
del mar; que el cuerpo, solo,
se quedó allá en las playas,
sin ella, despidiéndola,
pesado, frío, igual que muerto.

¡Qué semejante
el viaje del mar al de la muerte,
al de la eterna vida!

VIII

NOCHE

¡GRIITO en el maar!

¿Qué corazón hecho honda —¡hondero tris-
te ha gritado? ¿De dónde, grito, dónde, [te!—
con qué alas llegarás a tu final?

...Cada ola te coje, y tú, lo mismo
que un delfín hecho espada, fuerza solo, gritas:
más, más, más, más..., [más,
o, hecha tu ala vela, lo mismo que una golondri-
vas más allá, vas más allá, vas más allá... [na

¡Griiito en el maaar...!

¿Las estrellas te ayudan con sus ecos?

¡Griiiiito en el maaaaar!

IX

LEJOS, en torno, el mar igual
espera, en juegos de olas
—islas de sol, sombras de nubes—,
ser partido por mí.

¿Qué derrotero tuyo,
mar sin veredas,
será, di, el verdadero, el tuyo, el mío,
el que tú me abrirás a gusto tuyo?

¿Dónde tus aguas, mar igual, iguales,
se harán a un lado y otro satisfechas,
de oro de sol de aurora los redondos lomos es-
hacia la unidad mía? [pumosos,

¿En qué playa radiante
romperá tu agua alegre,
concluida su misión de conducirme,
y volverá —¡adios, agua!— al mar igual?

X

SUEÑO

LUNA NUEVA

TODOS —todo— en la proa
levantada,
de pie, negros —carbones con la entraña ar-
en ansia. [diendo—,

Yo, ¡ay!, solo, cenizas, en la popa
abandonada,
con la noche
—¡y sin alma!—
en donde el cielo cuelga su tesoro
menor, de vagas platas.

XI

ANOCHECER DE OTOÑO

EN la hora negra, fría y solitaria,
el muelle, que esta tarde
me pareció llevarme hasta el poniente de oro,
¡es tan pequeño, ¡ay!, tan de juguete!

Y yo, juguete oscuro y triste, voy soñando,
[niño grande
—en este nuevo juego, que, hace una hora,
creía realidad definitiva
de hombre que recuerda riendo sus juguetes
de niño, sus barquitos,—

juguete oscuro y triste, voy soñando
en unas cosas altas,
de las que son juguetes
el mar, la tierra, las estrellas...

XII

LAS OCHO DE LA TARDE

VERANO. TODOS LOS DEMÁS COMEN ABAJO

ARDE, inmenso, el crepúsculo de oro.

—¡Vamos —el barco vuela, pecho nuestro,—
los dos, allí!

Ceniza y blanco,
en largas luces frías,
yace el crepúsculo de oro.

¡Vamos —el barco va olvidado—,
yo a ti, tú a mí!

XIII

EPITAFIO IDEAL DE UN MARINERO

HAY que buscar, para saber
tu tumba, por el firmamento.
—Llueve tu muerte de una estrella.
La losa no te pesa, que es un universo
de ensueño—.
En la ignorancia, estás
en todo —cielo, mar y tierra— muerto.

XIV

ROSAS

III

¡AQUELLA rosa que pasó la mar,
tan leve, con tan suave vida!

Todos creímos
que llegaría muerta a nuestro fin
aquella rosa que pasó la mar.

Me acuerdo de ella,
transida por el sol puro de ocaso —¡qué nostaljia!—,
aquellas tardes últimas,
que todas parecieron

la de la llegada,
aquellas tardes en que todos lloraban o reían,
reían o lloraban,
en una exaltación de sentimiento;
cuando el barco ya era
puerto seguro —lento o raudo—.

Y en los escalofríos
de dicha alegre o triste,
de nosotros, vestidos —Terranova, enero—,
desnuda, fresca, erguida,
¡aquella rosa que pasó la mar!

y XV

EL barco entra, opaco y negro,
en la negrura trasparente
del puerto inmenso.
Paz y frío.
—Los que esperan,
están aún dormidos con su sueño,
tibios en ellos, lejos todavía y yertos dentro de [él,
de aquí, quizás...

¡Oh vela real nuestra, junto al sueño
de duda de los otros! ¡Seguridad, al lado
del sueño inquieto por nosotros!—

Paz. Silencio.
Silencio que al romperse, con el alba,
hablará de otro modo...

III

PIEDRA Y CIELO

II

I

MARIPOSA de luz,
la belleza se va cuando yo llego
a su rosa.

Corro, ciego, tras ella...
La medio cojo aquí y allá...

¡Sólo queda en mi mano
la forma de su huída!

II

TESORO mío de mañana,
¿cuál serás tú?, ¿por qué rincones
de mi alma te escondes y me burlas,
que hasta parece, ¡ay!,
que no eres mío?

III

EL viento agudo roza
las ascuas de mis ojos
y los aviva, una y otra vez,
como soles de sangre.

¡Qué subir y bajar
de fuego!
¡Qué trueque
de siestas y de tardes,
de estrellas y de soles!

Toda el alma
se me apaga —¡oh crepúsculos!—,
—¡oh mediodía!— se me enciende

con mis ojos, que roza el viento agudo.

¡Ay, día en carne viva,
en alma viva!

IV

¡TUS recuerdos!
Salen tan frescos de la vida,
al riego de mi llanto,
como el olor agudo y verde
de la yedra empolvada
que están regando.

V

¡QUÉ grato
este volver a nuestra casa, a nuestra
[alma, a nuestra historia,
de nuestro cuerpo, de la calle, de la vida;
encontrarnos aquí sentadas, dulces,
como mujeres propias,
las ideas de luz de la mañana!

—¡Amable paz la de la tarde
en las ideas nuestras, limpias, solas,
que han pasado, tranquilas
=mientras nosotros las dejábamos=,
de la luz matinal a la del mediodía
=viendo el muro y el árbol=

y a la luz del crepúsculo! —

¡Ideas propias, bellas, únicas,
con sabor, como primeras mujeres siempre,
a besos frescos!

VI

CANCIÓN corta, canción corta;
muchas, muchas;
como estrellas en el cielo,
como arenas en la playa,
como yerbas en el prado,
como ondas en el río...

Canción corta; cortas, muchas;
horas, horas, horas, horas
—estrellas, arenas, yerbas,
ondas—; horas, luces; horas,
sombras; horas de las vidas,
de las muertes de mi vida...

VII

¡VENTURA; qué árbol invisible e infinito
da tu fruto, que el alma
a veces coje, pleno?

¿Cuáles de estas ideas son tus ramas,
de estos sentimientos son tus flores,
de estas canciones son tus pájaros,
de estas sonrisas tus aromas?

¿Qué te alimenta tus raíces?
¿Cómo, por dónde, igual
que este limón por mi ventana, entras
en nuestra cámara más honda
y rozas allí, dulce, el corazón?

VIII

LA GLORIA

I

SER, sólo ser. No más, ni menos
que nadie. Y sin saberse.
Y hablar con los demás,
de otras cosas... Gozar, desde uno solo,
todo, y traerlo a uno, el dueño
callado, verdadero e ignorado
del mundo.

IX

¡TESOROS del azul,
que, un día y otro, en vuelo repetido,
traigo a mi tierra! ¡Polvo de la tierra,
que, un día y otro, llevo al cielo!

¡Oh, qué ricas las manos de la vida,
todas llenas de flores de lo alto!
¡Qué pura, cada estrella,
de quemar penas de la vida!
—¡Oh, yo, qué rico, regalando a todos
todo lo que recojo y cambio con mis sueños!—

¡Qué alegría este vuelo cotidiano,

este servicio libre,
de la tierra a los cielos,
de los cielos, ¡oh pájaro!, a la tierra!

X

REMOLINO

PASÓ por mí, vibrante,
frenético, como si fuera
toda la vida hecha viento y polvo.

—Me tuve que tirar
en tierra,
para librarme de sus brazos
retorcedores, infinitos.—

¡Ahora, en el poniente rojo,
que estático parece,
como un bando de pájaros distantes!

XI

ELLOS

¡INSTANTES claros,
en que, olvidados de las cosas mismas
que están encima, fuertes, de nosotros,
robándonos, aniquilándonos;
de las penas del día, que nos agrian
—estrechez, inminencias, desaliento—
y nos dividen, ¡ay!;
arreglado, en un punto, el desarreglo
—¡el bello sol en el silencio sólo
de los ladrillos limpios!—;
se nos salen del cuerpo nuestras almas

y son ellas nosotros, libres, plenos,
y se quieren y se hablan dulces...
Al triste enfermo: «¿Cómo estás tú?» Al sano y
bueno: «¡Qué tarde tan hermosa!» Al pobre re-
«¡Qué le vamos a hacer!» [signado:

XII

CANCIÓN

TODO el otoño, rosa,
es esa sola hoja tuya
que cae.

Niña, todo el dolor
es esa sola gota tuya
de sangre.

XIII

AZOTEA

EN la niebla de octubre,
lo rojo todo es rosa.

Con el pico en el ala,
tibio de él mismo,
el corazón sin horizonte
grande, cual su latir hondo, se encentra,
y piensa, recojido y lleno,
en lo cercano.
... Y llora, suave,
de haber dado al olvido
tanta belleza próxima.

XIV

¡TODA la flor, toda la flor!
¿Qué como dar a todo
toda la flor; como quedarse
sin toda la flor dada?

¡Aroma del recuerdo de las flores dadas!
¡Ay, qué dulzura!

—Y el tronco, fuerte con la dádiva,
bajo la noche fría;
árbol, sin flor, de estrellas—.

XV

SÍ —dice el día—. No
—dice la noche—.

¿Quién deshoja esta inmensa margarita,
de oro, blanca y negra?

¿Y cuándo, dí, Señor de lo increado,
creerás que te queremos?

XVI

Mi ciudad interior también se estiende
hacia el ocaso, persiguiendo
el caer del sol triste.
¡Jardines de mi alma,
atravesados, uno tras otro, por las graves luces [nunca últimas;
cárceles, muros de mi alma,
deslumbrados, arriba, de nostaljias infinitas;
y luego, costas solas de mi alma,
al nunca puesto mar poniente!

¡Oh luz poniente, nunca puesta,
a través, como un fin nunca acabado,
de todos mis afanes interiores,
que tienen otra torre siempre

para ver más y más el sol
grana, el gran sol redondo y grana,
en el silencio inmenso!

XVII

ROSAS

y IV

ME olvido —meditando—,
y, de pronto, estas grandes rosas granas
son tú —unas cuantas tús frescas, desnudas—,
que andas por mi cuarto,
alrededor de mí...

XVIII

NO deshacer la luz...
Dejar la hora mala
correr, hasta que caiga sola
bajo la acacia en flor del sentimiento,
bajo el cielo estrellado de la idea.

¡Nada como la dicha
del comprenderse, al fin, bajo la frente buena,
bajo el buen corazón!
Después,
en un retorno lento y sonriente,
ir cubriendo con alma florecida
las fosas entreabiertas, apretando
las rosas dentro de ellas

—¡todas, todas las rosas;
que el alma bien podada,
no dejará de darlas ya!—

XIX

ERES igual a ti,
y desigual, lo mismo
que los azules
del cielo.

XX

NOCTURNO

MI lágrima y la estrella
se tocaron, y al punto,
se hicieron una sola lágrima,
se hicieron una estrella sola.

Me quedé ciego, se quedó
ciego, de amor, el cielo.
Fué todo —y nada más-- el mundo
pena de estrella, luz de lágrima.

XXI

OCIO LLENO

DANTE

¡QUÉ descanso
tan lleno de trabajo dulce! ¡Qué horizonte
elástico, hasta el fin de lo infinito,
el de mi echado corazón sereno!

—Late, late profundo.
Cada latido suyo cava
una mina divina de tesoros
en mi alma.—

¡Qué mirar, qué ver este
tan pleno, desde todo, contra todo,
descansando!

XXII

¿ERA su voz la fuga del arroyo,
que se oía correr en el poniente rápido;
o la luz del ocaso moribundo,
que corría en el agua que se iba?

XXIII

I

UN sol de dentro alumbra ahora
mi mediodía, totalmente.
Las últimas montañas de mi alma,
me acercan, con la luz, sus florecillas.

II

No hay ya fondo sin fin. La sima aquella
es como fué la gavia
que, siendo niño yo, creí el infierno,
y una tarde de amor, ¡oh juventud!,
vi, paseando, florida de rosales granas,
dulces de sol poniente.

III

¡A todo llega el alma!
¡Ya no hay que partir, pues está en todo!
—El niño ya no tiene
miedo a la sombra.—

y IV

¡Oh dulce noche venidera,
nada en tu sombra me será desconocido!

XXIV

¿QUÉ honda, estrella mía,
te disparó, al comienzo del vivir —y
contra mi corazón; [¿dónde?—,
que tan aprisa vienes, alba, noche y tarde,
tan fija, tan segura —grito único,
mujer desnuda, gloria eterna, nido sólo—,
contra mi corazón?

XXV

¡CLAVO que das la fuerza al alma, traspasándola;
que, dejándola exangüe,
la dejas cálida y pletórica;
dispuesta a todo —a hacerlo todo,
a conquistarlo todo, a oponerse a todo;
a vivir y a morir!—

¡Y nada importa, entonces,
peligro ni maldad, fraude ni trampa;
que todo
se vence, y ¡sólo sonriendo!

XXVI

AMO, mujer desnuda, el cielo
—sol, luna, estrellas— tanto,
porque él sólo verá —perene—
mi futuro.

XXVII

AHORA, ya están en mi granero
todos mis frutos.

¡Qué gusto, cada día,
morder en uno nuevo;
qué color, qué fragancia, qué sabor
en los sentidos!

Ya, nada más. Despierto,
bien despierto
de la profunda siesta de mi vida,
el azul májico en los ojos que han dormido bien,
¡qué grata la merienda de mi tarde!

XXVIII

ACTUALIDAD

¡EL corazón inmenso
dentro del sol de cada día
—el árbol incendiado de los aires—,
fruto total del cielo azul!

¡Hagamos grande sólo la verdad presente!

XXIX

NO más perderse el alma
—vana semilla
insepulta y estéril—
por los secretos surcos infinitos
de la pasada tierra
del amor... ¡A su cielo,
a su cielo estirado y trasparente,
donde se ve volar
en lo inmenso, cantando,
el pajarillo!

XXX

TARDE

¡MUSICA de allí, sin mí...,
—qué tristeza!—
¡Oro del jardín, divina
brisa, pájaros últimos!

¡Y no me voy! ¡Y no puedo
—¡música de allí, sin mí!—,
y no puedo
dejarme ir de mí mismo,
libre,
queriendo ir, y llorando!

¡Música de allí, sin mí...!

XXXI

¡GRACIAS, destino,
por esta propia desnudez con que de-
sin fin, mi sentimiento libre! [leito,

—¡Aquí está, para mí, tendida, abierta,
mostrándome la flor de cada nuevo
secreto =interminables
en su eterno tornar de fuera a dentro,
en sus posturas infinitas,
en su correspondencia de ansia a ansia=,
tantos cual las estrellas de la noche,
y tan míos, tan suyos y tan míos
cual las estrellas de la medianoche,
desde una montaña!—

¡Paisaje ancho y uno de mi vida,
con mi alma desnuda inmensamente para mí
—¡para mí todo y solo!—
en esta larga tarde de sol puro!

XXXII

EL MOMENTO

¡QUE se me va, que se me va, que se me va!
... ¡Se me fué!
¡Y con el momento,
se me fué la eternidad!

XXXIII

De pronto, me dilata
mi idea,
y me hace mayor que el universo.

Entonces, todo
se me queda dentro. Estrellas
duras, hondos mares,
ideas de otros, tierras
vírjenes, son mi alma.

Y en todo mando yo,
mientras, sin comprenderme,
todo en mí piensa.

XXXIV

OTOÑO

EL sol, en rondas claras,
está desenterrando,
el sol está resucitando
mi vida muerta.
—¡Qué olor triste!—
Y la levanta.
—¡qué largamente me reveo!—,
en espirales de oro,
entre las quietas hojas amarillas,
a una música inmensa,
como un incendio de pesar sin fin.

XXXV

AMOR

Mi corazón estaba
como un nubarrón cárdeno
de un poniente de fuego;
¡retorcido, morado de dolor,
trasparente de luz, de fuego, de oro!

XXXVI

¡NO paz de siempre, que no es paz, sino
de paz! [momentos
¡Oro que surje, suave,
de pronto, en redondeles puros,
sobre la escoria y la ruina rojinegras;
redondeles de música inefable,
con aroma de flores infinitas!

¡Gota de miel, que paladea
el alma loca, en súbita quietud sonriente,
que llega a las raíces de la vida
—embriaguez de riego necesario!—

¡Gota de miel, de olor, de melodía, de oro,
gota de luz, gota de amor,
gota de paz!

XXXVII

LA GLORIA

II

OTOÑO

TAMBIÉN yo alumbro, ahora, en esta cueva
—tarde oscura y lluviosa, dentro—,
como quería un día.
También yo puedo acariciar, ahora,
a la verdad desnuda en mis rodillas,
sin prisa por los fines.
También me puedo ir, ahora, a todo,
a perder todo —tiempo y sitio—,
¡a estasiarme en la vida,
hasta quedarme, eterno ahora, muerto!

XXXVIII

ELLOS

RECORDADO,
el verdadero amor está más lejos,
más brumoso,
que la amistad o que la indiferencia.

¡Es que queremos
recordar de él tanto, tanto, tanto!

Y el corazón lo pasa
—como el sol cálido al poniente—,
y, estando en él, se sale de él,
recordando...

XXXIX

LUZ

POR fuera, erraba el viento oscuro y último,
jugando con las frías hojas.

Por dentro, era un éstasis con sol,
aislado, como el sentimiento
eterno y conseguido de mi alma,
dentro de los trastornos de mi carne.

Y el sol no se iba nunca, rosa y puro.

XL

I

AL abrir hoy los ojos
a la luz, he pensado
—por vez primera—
con gusto —¡corazón mío!— en la muerte.

II

Ha sido igual que otro
nacer, como un entrenacer,
entre el nacer primero
y el último, el morir.

Y los recuerdos
de mi vida de antes, se han quemado
en el sol grande del olvido.

III

Vida segunda, ésta,
tan serena, tan llana,
con la conciencia toda
en todo —y yo de pie,
al lado mío—, para siempre,
sobre la fuente pura
de la eternidad.
¡Vida
segunda, verdadera vida
de aquí; reino completo;
madurez de la frente
—¡oh juventud del corazón!— y agosto
del alma, fruto de la carne!

y IV

... Ahora, ¡qué tranquilo
recomenzar la senda con cimiento
firme, hacia todo,
... o, es lo mismo, hacia nada!

XLI

NOSTALJIA

¡HOJITA verde con sol,
tú sintetizas mi afán;
afán de gozarlo todo,
de hacerme en todo inmortal!

XLII

LA GLORIA

y III

¿QUÉ canción tuya quedará,
como una flor eterna, corazón,
cuando tú ya no tengas
ni fosa ni memoria;
cuál, entre todas estas flores
de esta pradera mía, verde,
que mueve, ahora, el viento alegre de mi vida?

XLIII

¡NO estás en ti, belleza innúmera,
que con tu fin me tientas, infinita,
a un sinfín de deleites!

¡Estás en mí, que te penetro
hasta el fondo, anhelando, cada instante,
traspasar los nadires más ocultos!

¡Estás en mí, que tengo
en mi pecho la aurora
y en mi espalda el poniente
—quemándome, trasparentándome
en una sola llama—; estás en mí, que te entro
en tu cuerpo mi alma
insaciable y eterna!

XLIV

TARDE

EL oro chorreante
de hoy, puro y claro.
¡Oh, siempre presente, siempre
este sol de este árbol!

Cenizas de mi cuerpo,
debajo, en el pasado.
¡Pero en la tarde, mi alma
sin final, goteando!

Y el libro, trasparente
siempre, fresco e ingrávido.
¡Cristal por el que se vea
futuro tras futuro májico!

XLV

EL OLVIDO

¡OLVIDO, hermoso olvido,
libertador final
de nuestro nombre puro,
en la imajinación del tiempo feo!

—Hombres, hombres, hombres..., ¡ay!—

¡Oh, venideros días,
en que el alma, olvidada con su nombre,
habrá estado, en sí, en todo,
y no estará, con otro, en nada!

XLVI

¡PRESENTE, porvenir, llama en que sólo
quiero arder; manos frescas de la aurora,
entre las hojas verdes de los chopos —¡mayo!—,
con agua libre al pie y sin jardinero;
manos, todas cuerpo desnudo,
que tan bien vienen a mis manos ávidas!

¡Todo lo vivo y por vivir en mí; yo
todo en lo vivo y por vivir; con los recuerdos
de lo que no ha pasado todavía, [nada más,
de lo que va a venir seguramente!

XLVII

ANUNCIACIÓN

¡AY, deshacerme,
de una vez ya, en la luz;
entrar, hecho oro verde y último,
en el libre secreto recatado
de los afanes imposibles!

XLVIII

ETERNIDAD, belleza
sola, ¡si yo pudiese,
en tu corazón único, cantarte,
igual que tú me cantas en el mío,
las tardes claras de alegría en paz!

¡Si en tus éstasis últimos,
tú me sintieras dentro,
embriagándote toda,
como me embriagas todo tú!

¡Si yo fuese —inefable—,
olor, frescura, música, revuelo
en la infinita primavera pura
de tu interior totalidad sin fin!

XLIX

TARDE

¡CÓMO, meciéndose en las copas de oro,
al manso viento, mi alma
me dice, libre, que soy todo!

y L

QUISIERA que mi libro
fuese, como es el cielo por la noche,
todo verdad presente, sin historia.

Que, como él, se diera en cada instante,
todo, con todas sus estrellas; sin
que niñez, juventud, vejez quitaran
ni pusieran encanto a su hermosura inmensa.

¡Temblor, relumbre, música
presentes y totales!
¡Temblor, relumbre, música en la frente
—cielo del corazón— del libro puro!

FIN

DE LAS POESÍAS

ÍNDICE

I

PIEDRA Y CIELO

I

Pájs.

Pájs.

II

NOSTALJIA DEL MAR

y III

PIEDRA Y CIELO

y II

Pájs.

FIN

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LA
IMPRENTA DE FORTANET
DE MADRID
EL 12 DE MAYO
DE 1919

3,50 PESETAS.